

COSAS QUE DURAN

Cuando lo conocí, Conrad era casi una leyenda en aquella región del lago Tanganica. Yo acababa de llegar al centro sanitario que nuestra organización había instalado en Kagunga, una pequeña localidad al este de Tanzania. Fue mi estreno como médico, con los años de Universidad demasiado recientes para entender según qué complejidades.

Conrad nos aprovisionaba de alimentos, bebidas, medicinas, carburante y casi todo lo que necesitásemos y pudiera obtenerse por la comarca. No sabíamos cómo lo conseguía. Negociaciones no siempre confesables, decía. A veces se demoraba, aunque lo normal era que en un par de días el pedido estuviera entregado. Conducía una pickup, una de esas camionetas con la parte trasera abierta, con más kilómetros a cuestas que potencia, a punto de desencuadrarse por el traqueteo entre los vericuetos de piedra y barro. Sus habilidades como mecánico lograban reparar de continuo y con eficacia su motor agonizante o sustituir la chapa agujereada, con más estragos del tiempo que color definible.

Unos decían que había sido marinero, otros que cocinero en una plataforma petrolífera; pescador de altura, colaborador de la zoóloga Jane Goodall en el cercano Gombe, contrabandista, mercenario; que hablaba cinco idiomas africanos...En una ocasión me atreví a preguntárselo.

-Y tú, Conrad, ¿cómo te hiciste...? -buscaba la palabra adecuada - ¿Podría llamarte cooperante...? Es lo que ahora eres, ¿no?

Esbozó una sonrisa.

-Yo no soy eso, doctor, ¿no se ha dado cuenta?

-Bueno -dudé-, para nosotros eres imprescindible. Todos dicen que si tuviéramos una medalla al mérito...

-Pues cuando la tengan guárdenla para alguien que la merezca -respondió rotundo-, que no es mi caso. No le dé vueltas. Soy lo que ve. Considéreme proveedor de asuntos varios, o meramente seguidor -zanjó, tendiéndome la mano, apretando la mía con fuerza, como quien sella un acuerdo ahorrándose explicaciones.

Siempre llevaba un cigarrillo rubio colgado del borde de la oreja derecha y una cajetilla ostensiblemente abierta en el bolsillo de la camisa o de la chaqueta campera. Ante mí no fumaba. Supuse que evitaba causar una impresión negativa en aquel entorno de sanitarios aunque no había cartel alguno que lo prohibiera.

Una mañana le comenté la anécdota a Raquel, nuestra microbióloga.

-Tal vez deberíamos aconsejarle que dejase algo el tabaco, ¿no?, al fin y al cabo... es uno de los nuestros.

-No fuma -me contestó, segura- creo que nunca lo ha hecho.

-Entonces...-añadí, perplejo- la permanente exhibición...

-Usa el tabaco como moneda. Dice que es un modo convincente para sortear controles de carretera, los haga la policía o cualquier muchacho oportunista que coloca dos ramas mal cortadas en mitad de un puente cuando llegan las lluvias y no hay paso alternativo.

A menudo se quedaba a cenar. Luego tomábamos unas cervezas. Él jamás acababa la segunda, prudente, aunque no parecía que el alcohol le causase efecto visible alguno. Como mucho, resultaba un poco más extrovertido porque si no podía pasarse la velada asintiendo o negando con gestos, encerrado en un mutismo que al principio me pareció huraño pero que tal vez fuera simplemente escéptico, un punto melancólico.

Cuando le insistía para que tomásemos una última a medias siempre le escuché la misma respuesta disuasoria.

-Doctor, lo bueno dura lo que dura. A veces un poco menos.

Para pasar la noche extraía una colchoneta ligera que ocultaba tras el asiento del copiloto. Luego la tendía sobre la caja de la camioneta y allí dormía. Creo que no muchas horas. Invariablemente, al alba, ya se había ido.

Entonces, a los tres meses de mi llegada, estalló la epidemia de cólera. Disturbios en el cercano Burundi causaron que varios miles de personas cogieran sus escasas pertenencias y cruzasen la borrosa frontera que separa su país de Tanzania.

La llegada de los refugiados, unida a la escasez de agua potable y de letrinas, propagó de inmediato la infección. Las jornadas se convirtieron en una lucha frenética por conseguir agua limpia y alguno de los escasos medicamentos que nos permitieran combatir la diarrea y la consiguiente deshidratación, antes de que acabasen con la vida de quienes se contagiaban.

Conrad apareció un viernes. Se comprometió a traernos bidones de agua, los que fueran necesarios, afirmó. Sin vacilación alguna. Como si fuera conocedor de un manantial secreto y seguro que todos los demás ignoraban.

Durante el fin de semana no dio señales de vida. Temimos que hubiera sufrido un accidente, cualquier percance letal, porque la ruta, la que fuera que utilizase, sin duda se habría vuelto peligrosa con los últimos acontecimientos. Incluso llegamos a pensar que nos había abandonado, al comprender que su compromiso, esta vez, era imposible, que no podría cumplir su palabra.

No fue así. Apareció durante la mañana del lunes. En la caja de la furgoneta se apretaban, amarradas entre sí con una cuerda de goma, cincuenta garrafas de

plástico, de treinta litros cada una. Un milagro. No teníamos tiempo para análisis que verificasen si estaban libres de bacterias. Le interrogué con la mirada. Se dio cuenta.

-Doctor, no la encontrará más pura en la fuente más santa de Europa. Ahora bien, tendrá que confiar en mí.

No había elección. Comenzamos a distribuirla entre los enfermos. Estaba descontaminada. Tenía razón.

Al día siguiente volvió. Del vehículo saltó un perro, un chucho grande como un dogo y circunspecto como su dueño. Le pregunté por su nombre. Conrad se sorprendió. No tenía.

- ¿Cómo lo llamas?

-No lo hago. A veces se quiere subir. Esta mañana se puso a rascar la puerta y, ya ve, tengo ayudante.

En veinticuatro horas llegó a hacer tres viajes de ida y vuelta. Desde donde fuera. En el corazón de la epidemia, el claxon anunciando su llegada sonaba en cualquier momento, como un heraldo de esperanza. Incluso consiguió cajas de doxiciclina, un antibiótico que frenaba la expansión de la bacteria. Le pregunté, en aquellas circunstancias, dónde obtenía aquel tesoro inapreciable.

-Hay comerciantes...- señaló al sur. Rehusó añadir detalles.

-Ya me entiende; secreto profesional. No vaya a ser que se entere la competencia. -Lo vi reírse con franqueza por primera vez.

-Esta vez no podemos pagarte todo esto, me temo- le dije, disculpándome.

-No me lo tome a raro, pero yo no cobro por agua; y lo otro... -extrajo un cigarrillo de la cajetilla, jugando con él entre los dedos, pensativo. -Además, -concluyó- no sé si sería decente.

El cólera fue remitiendo. Dos semanas después pudimos volver a tomarnos una de esas cervezas calientes que compartíamos. Todos estábamos un poco aliviados.

-Es lo que tienen estas cosas, doctor, lo malo dura lo que dura, a veces menos.

-Pero... ¿no era lo bueno?, me sorprendí.

-Bueno, doctor, lo bueno, lo malo, las cosas; que duran lo que tienen que durar. Prefiero pensar que no demasiado, que son pasajeras. -Luego se subió a la furgoneta, alzando la mano a través de la ventanilla, en señal de despedida.

Poco tiempo después la policía nos dijo que habían encontrado la pickup en el fondo de un barranco, al norte de Kigoma. Conrad no estaba, ni su cuerpo; tampoco el perro. Pensé en las luces de un coche acercándose, en la oscuridad. Su reflejo amenazante en el retrovisor, cargado de encono y

hostilidad. Sin darte oportunidad para reaccionar. Sin apenas resquicio para el miedo.

Indagué. Hice algunas gestiones con las autoridades locales. Infructuosas. Nada se esclareció. El asunto, muy a mi pesar, se fue olvidando.

Ayer recibí una carta, con extrañeza. Los correos electrónicos han desterrado el papel manuscrito. En realidad era una fotografía impresa, de colores desvaídos. Al dorso una sola línea.

En la imagen Conrad está sentado en el banco de estribor de un carguero, surcando un río, creo, porque al fondo se percibe entre la bruma una orilla difusa. Lo rodean un grupo de muchachos vestidos con uniforme escolar. Diría que atentos a lo que les está relatando.

- “Como me imagino que me daban por perdido, doctor, he decidido desmentirlo”.

A su lado el perro sin nombre mira fijamente el horizonte. Parece buscar un lugar lejano, que queda fuera de la vista.

SEUDÓNIMO: ALDEBARÁN